

El cuidado para la humanidad: una mirada desde la antropología de la ternura

The care for humanity, a look out since the anthropology of tenderness

Cuidados para a humanidade: a vista da antropologia da ternura

Guillermo Meza Salcedo

Magister en Filosofía Latinoamericana, Coordinador del Grupo de investigación EDUCORES, Corporación Universitaria Minuto de Dios (Colombia)

Cómo citar este artículo en edición digital: Meza Salcedo, G. (2018). El cuidado para la humanidad: una mirada desde la antropología de la ternura. Cultura de los Cuidados (Edición digital), 22(52).

Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2018.52.14>

Correspondencia: Carrera 20 sur n.º 107 A-12, Casa B-7, Conjunto Filadelfia, Ibagué, Colombia

Correo electrónico: memomeza@yahoo.com

Recibido: 12/03/2018; Aceptado: 21/05/2018



ABSTRACT

Introduction: From the of birth, everyone humans are thrown into the world in a helpless, vulnerable, dependent manner. Without the care of another, whether strange or near, we could not survive. We are dependent on others, we depend on their recognition, their cares, their displays of affection, their tenderness.

Objective: To analyse the anthropological link between care and tenderness to potentiate care as an essential “way to be” of the human being, who ontological way was born of care and needs care.

Methodology: A qualitative documentary research with a hermeneutic approach is carried out. Once the bibliographic material that addresses the categories of care, tenderness and love is selected, an analysis is made of what is interwoven in them, always in relation to the human being.

Results and discussions: Results and discussions: The study carried out puts in

close anthropological relation to the care with the tenderness. Both are a fundamental part of the human being as supply and demand, as a basic need, without which the person would can't to live his humanity in fullness. In addition, in this relationship between tenderness and care, love is also interwoven as an essential note for care. It is also analysed that what gives us existence is the feel not the think, an existence that requires care not as sentimentality but as vigour.

Conclusions: Through tenderness, care can be offered with greater generosity and sensitivity, with all the vigour that it carries within and springs from itself when worries, anticipating and feeling affected by the carelessness and the underprivileged by lack of love, by the hardness of heart and barbarism.

Keywords: Care, nursing, tenderness, human being, anthropology.

RESUMO

Introdução:

Desde o nascimento, todos os seres humanos são jogados no mundo de uma maneira indefesa, vulnerável e dependente. Sem o cuidado de outro, seja estranho ou próximo, não poderíamos sobreviver. Somos dependentes dos outros, dependemos de seu reconhecimento, cuidados, manifestações de carinho, sua ternura.

Objetivo: Analisar a ligação antropológico entre cuidado e ternura para potencializar o cuidado como uma maneira de ser essencial do ser humano, quem ontologicamente nasceu de cuidados e precisa de cuidados.

Método: É realizada uma pesquisa documental qualitativa com abordagem hermenêutica. Uma vez selecionado o material bibliográfico que trata das categorias cuidado, ternura e amor, procedemos à análise do que está entretecido nelas sempre em relação ao ser humano.

Resultados e discussões: O estudo realizado coloca em estreita relação antropológica o cuidado com a ternura. Ambos são uma parte fundamental do ser humano como oferta e demanda, como uma necessidade básica, sem a qual a pessoa não poderia viver sua humanidade em plenitude. Nesta relação entre ternura e cuidado, também é entrelaça o amor como uma nota essencial para o cuidado. Também é analisado que o que nos dá existência é sentir não pensar, uma existência que requer cuidado não como sentimentalismo, mas como vigor.

Conclusões: Através da ternura, o cuidado pode ser oferecido com maior generosidade e sensibilidade, com todo o vigor que carrega dentro e nasce de si mesmo quando se preocupar, antecipa e se sentir afetado pela negligência e descuido, pela falta de amor, pelo dureza de coração e barbarismo.

Palavras chave: Cuidado, enfermagem, ternura, ser humano, antropologia.

RESUMEN

Introducción: Desde el momento de nacer toda vida humana es arrojada al mundo de manera indefensa, vulnerable, dependiente. Sin el cuidado de otro, sea ajeno o próximo no podríamos sobrevivir. Somos seres dependientes de otros, dependemos de su reconocimiento, de sus cuidados, de sus muestras de afecto, de su ternura.

Objetivo: Analizar el vínculo antropológico entre cuidado y ternura para potenciar el cuidado como *modo de ser* esencial del ser humano quien de manera ontológica ha nacido del cuidado y necesita de cuidado.

Metodología: Se realiza una investigación cualitativa de tipo documental con un enfoque hermenéutico. Una vez seleccionado el material bibliográfico que aborda las categorías de cuidado, ternura y amor se procede al análisis de lo que se entreteje en ellas siempre en relación con el ser humano.

Resultados y discusiones: El estudio realizado pone en estrecha relación antropológica al cuidado con la ternura. Ambos son parte fundamental del ser humano como oferta y como demanda, como una necesidad básica, sin la cual la persona no llegaría a vivir su humanidad en plenitud. Además, en esta relación entre ternura y cuidado se entrelaza también el amor como nota esencial para el cuidado. Se analiza también que lo que nos da la existencia es el sentir no el pensar, una existencia que requiere de un cuidado no como sensiblería o sino como vigor.

Conclusiones: A través de la ternura el cuidado puede ofrecerse con una generosidad y sensibilidad mayor, con todo el vigor que ella lleva dentro y brota de sí al

pre-ocuparse, anticiparse y sentirse afectada por el descuido y el descuidado, por el desamor, por la dureza de corazón y la barbarie.

Palabras clave: Cuidado, enfermería, ternura, ser humano, antropología.

INTRODUCCIÓN

En un escrito sobre el significado del cuidado, Boff (2012) desarrolla cuatro significaciones que ha recogido de diferentes pensadores desde la época de los griegos clásicos hasta los planteamientos de Heidegger en la modernidad. En la primera de dichas significaciones expresa que el “cuidado es una actitud de relación amorosa, suave, amigable, armoniosa y protectora de la realidad, personal, social y ambiental”. Cuando nos acercamos a observar y reflexionar sobre la realidad que nos rodea, sea esta material o natural, humana o no humana, nos damos cuenta de que todo requiere de cuidado. Desde un objeto de trabajo, como puede ser un computador, un carro, un lápiz... hasta las cosas trascendentales como una relación de pareja, el amor hacia las personas, la confianza, entre otras muchas realidades. También las cosas que utilizamos para sentirnos felices y disfrutar del tiempo, como un libro, un dispositivo móvil, en fin, tantas cosas materiales que las cuidamos porque nos interesa cuidarlas, ya sea porque son nuestras o porque se nos han confiado a nuestro cuidado y debemos responder por ellas. Si esto ocurre con las cosas materiales, con mayor responsabilidad debemos cuidar de nosotros y de los demás, del entorno donde vivimos y convivimos con otros seres tanto humanos como no humanos. Debemos cuidar nuestra humanidad cuidando de la misma naturaleza.

Así pues, el cuidado es una constante en nuestra existencia, pues desde el momento de nacer toda vida humana es arrojada al mundo de manera indefensa, vulnerable, dependiente. Sin el cuidado de otro, sea ajeno o próximo no podríamos sobrevivir. Somos seres dependientes del reconocimiento de nuestros seres cercanos, dependemos de sus muestras de afecto, de sus cuidados con ternura. Dependemos en esto de la familia, la comunidad, la sociedad, incluso de la naturaleza, que es la que con sabiduría natural nos da ejemplo de cuidado.

[...] el cuidado es una constante cosmológica. Si las energías originarias y los elementos y los primeros elementos no estuviesen regidos por un cuidado solidario para que todo mantuviese su debida proporción, el universo no habría surgido y nosotros no estaremos aquí escribiendo sobre el cuidado. Nosotros mismos somos hijos e hijas del cuidado. Si nuestras madres no nos hubiesen acogido con infinito cuidado, no habríamos tenido cómo bajar de la cuna e ir a buscar nuestro alimento. El cuidado es la condición previa que permite que un ser venga a la existencia (Boff, 2012).

Por otro lado, la ternura es una de las resonancias del cuidado como *modo de ser* esencial del ser humano quien de manera ontológica ha nacido del cuidado y necesita de cuidado, mucho más que los demás seres vivos. Así el cuidado y la ternura son expresiones del amor compartido de manera recíproca, ya sea por el puro placer de compartirse o como respuesta que se ofrece ante la vulnerabilidad o el peligro del otro. Es ese modo de ser humano que envuelve, protege y en ocasiones salva, a coste de la propia vida.

METODOLOGÍA

Un estudio cualitativo de tipo documental fue la base para el desarrollo de este trabajo como un ensayo teórico, donde de manera personal se asume el tema del cuidado para reflexionarlo en relación con la antropología de la ternura. Dicen Jaramillo y Mendoza (2004) que un ensayo destaca los aspectos subjetivos que expresa el ensayista sobre un determinado tema y que una de sus funciones es evidenciar el carácter interpretativo de la subjetividad del ensayista para conectar a los lectores con un horizonte de reflexión.

En base a lo anterior primero se hizo un ejercicio hermenéutico de los libros de *Un espacio para la ternura. Miradas desde la teología* (Martínez, 2006), *Teología de la ternura. Un "evangelio" por descubrir* (Rocheta, 2001) y *El cuidado esencial. Ética de lo humano compasión por la tierra* (Boof, 2002). Una vez analizados los planteamientos que presenta dichos autores, se eligieron de manera cualitativa los conceptos de cuidado y ternura para plantear este trabajo. Después se hizo una búsqueda exploratoria en la base de datos del Instituto Teológico Pastoral para América Latina (ITEPAL), así como en el buscador Google y en algunas bases de datos como Scielo y Redalyc utilizando las palabras ternura y cuidado, ternura y amor.

Se seleccionaron cualitativamente los documentos pertinentes para su análisis en torno a la tesis de la estrecha relación antropológica entre ternura y cuidado. El análisis se hizo teniendo en cuenta estas categorías enunciadas junto con la categoría del amor, las cuales se pensaron y consideraron desde el aspecto antropológico en relación con aspectos de la realidad que vivimos, planteando la importancia de que el cuidado vaya cargado de ternura para alcanzar una humanidad más plena. Un abordaje conceptual sobre la ternura y el

cuidado, un acercamiento entre la ternura y el amor en relación con el cuidado, el análisis ontológico sobre la existencia humana desde el sentir y no desde el pensar, así como la vinculación de la fuerza y el vigor más allá de la idea errónea de la melosería, son aspectos fundamentales que se analizan en este trabajo.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Ternura y cuidado: aproximaciones conceptuales

El término ternura, de origen latino - *tēnērītas*, *ātis*- significa cualidad de lo que es tierno, blandura, delicadeza. Además, evoca la idea de algo pequeño, frágil o delicado, por lo tanto, privado de dureza, de rigidez. Incluso hace alusión a una inclinación de amor o afecto interior, que se experimenta como participación viva y afectuosa hacia otra persona, en la que se revela una actitud cariñosa y protectora. Por otra parte, el adjetivo tierno -del latín *tener*, *ēra*, *ērum*- significa blando, dúctil, tratable, flexible, sensible, afectuoso, amoroso. Y -de latín *tendere*- significa extenderse hacia, encaminarse, dirigirse a, orientarse, proyectarse. Así pues, con esta gama de vocablos, la ternura hace referencia al encuentro natural o buscado que se da entre personas en una relación real de entrega y reciprocidad (Meza, 2007).

A partir de lo que Martínez (2005) manifiesta sobre lo indagado del concepto ternura en los diccionarios de 1739-1800, se puede hablar primordialmente de la "ternura-terneza" acentuando cuatro aspectos:

1. Un estado: Blandura, flexibilidad y delicadeza -*teneritas* y *teneritudo*-, haciendo referencia tanto al aspecto físico como al psíquico.

2. Una acción: (Tener amor) de afecto, cariño y sentimiento explicado con palabras, o acciones atractivas y suaves.
3. Una emoción: facilidad de enternecerse, llorando o compadeciéndose *-pietas sensus-*.
4. Una acción comunicativa: dulzura y suavidad en las palabras o expresiones.

Por otro lado, el término cuidado -del latín *cogitare, cogitatus-*, significa pensar, poner atención, mostrar interés, manifestar una actitud de desvelo y preocupación. En Heidegger el cuidado es el ser del *Dasein*, el ser de la existencia humana que se encuentra en al ahí del mundo, arrojado en el mundo, por lo que tiene que ocuparse de... y siempre en relación con... pues está arrojado "en medio de", su existencia es coexistencia. Cuidado viene del término alemán *sorge*, que es traducido por cuidado y denota preocupación o cura, pero también ocupación y solicitud. Siles y Solano (2007) a raíz del análisis fenomenológico de los términos cura y cuidado, señalan que en Heidegger ambas son integrativas y correctas y se pueden usar de modo indistinto. Por eso a partir de Heidegger se dice que el simple impulso de vivir, el deseo, la voluntad en cualquier vivencia en particular surgen del cuidado, porque este es anterior a todas ellas. El cuidado es una realidad preontológica en el ser humano.

Boff (2001), en conexión con lo anterior señala que en *Ser y tiempo*, Heidegger se refiere al cuidado a partir de la expresión latina *cura*, que en su forma más antigua se escribía como *coera*, usada en el contexto de relaciones de amor y amistad. La acción de cuidar hace relación a asistir, guardar, conservar, preocupación, inquietud por alguien o algo que se ama o estima.

"Cuidado significa entonces desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, buen trato. Estamos ante una actitud fundamental, ante un modo de ser mediante el cual la persona sale de si y se centra en el otro con desvelo y solicitud" (pp. 91-92).

Según la Real Academia de la Lengua Española, el término cuidado expresa una obligación que implica el responder por aquello que es objeto de cuidado. ¡Ten cuidado!, imperativo que exhorta a prestar atención y solicitud en la ejecución de algo, a ser precavido y vivir con advertencia respecto a algo. Además, la frase "cuida de..." invita a mirar por la salud, a velar por el bienestar de alguien o algo, así como a procurar una vida óptima. Existe pues una responsabilidad por lo que se nos es encargado, pues el "cuidado es responsabilidad" (Peña, 2007, p. 41).

Al analizar ambos términos se puede decir que en ellos se expresa la "conmoción" de todo el ser, la cual lo mueve a actuar de manera concreta con un arcoíris de expresiones y gestos que nacen del amor, de un corazón empático. Razón evidente para decir también que la ternura y el cuidado se opone a dos actitudes existenciales muy presentes en el mundo actual, como son la dureza de corazón y el individualismo. La ternura y el cuidado rompen con la rigidez y el hermetismo de la dureza de corazón, eliminando a la vez, las fronteras separatistas del individualismo, visto como egocentrismo, indiferencia, apatía, rechazo de diálogo y de reciprocidad.

Muy al contrario de estas actitudes, la ternura y el cuidado son flexibilidad, permeabilidad, apertura de corazón, disponibilidad, solicitud, benevolencia, amabilidad, delicadeza y encanto por la belleza del mundo, pero principalmente por la belleza del ser humano en cuanto tal (Meza, 2007). En la ternura hay una relación

equitativa de reciprocidad que cancela la figura de dominio, del conquistador y del conquistado, del amo y del esclavo, de la oposición del yo y los otros. Por eso en el cuidado y la ternura se rompe con las figuras tanto del *inimicus* -enemigo privado- como del *hostis* -enemigo público- (Rocchetta, 2001, p. 40).

Así pues, a partir de la misma noción terminológica y de lo que proponen Duque y Bedoya (1998) y Rocchetta (2001) se puede afirmar que la ternura es vivida por el ser humano en un doble movimiento, hacia adentro y hacia afuera de sí mismo. Algo parecido como lo que ocurre con el doble movimiento del corazón -sístole y diástole- contracción y expansión, ambas necesarias para su buen funcionamiento. *Ad intra*, como una disposición emocional sentida, fruto de la vivencia recibida de los sentimientos de las demás personas, y *ad extra*, en cuanto se expresa o proyecta como comportamiento afable y cariñoso de alguien que siente el compromiso de ofrecerse como un don. Boff (1982) también habla de este doble movimiento cuando se refiere al *pathos* que no es únicamente afectividad sino responsabilidad, es decir, no se trata tan solo de sentirse afectado por la propia existencia y por las situaciones del mundo, sino que es principalmente un hacerse activo y tomar la iniciativa de identificarse con la realidad sentida y actuar en respuesta de ello.

Desde luego, este movimiento doble es una disposición afectiva del alma que mueve intuitivamente a querer el bien, a apreciar y a interesarse participativamente por una persona valorándola con los ojos del corazón y, a la vez, entregándole el corazón. Se trata de un sentimiento dinámico, de orden activo, es decir, de un modo de acoger, dar y compartir, es "hacerse capaz de compasión sincera y generosa. [...] con

este sentimiento nos dirigimos a la vitalidad interior, a la orientación que 'mueve hacia', que 'dispone a' y 'dispone para' (Rocchetta, 2001, p. 36).

Por consiguiente, la ternura se exprese en tres notas fundamentales. Primero, como una manera privilegiada de comunicación -a través de palabras, sonrisas, miradas, gestos, contacto, caricias-, para expresar y compartir con generosidad todo el ser con el otro. Segundo, como la antesala para la convivencia y la inclusión entre los seres humanos ya que la ternura abre las puertas del corazón para entrar en relación con los demás. Tercero, como el lazo que favorece el crecimiento de la vida afectiva, la confianza y la seguridad entre los seres humanos, posibilitando así, la capacidad de afrontar las dificultades que surjan a lo largo de la vida (Meza, 2007).

De manera específica al referirse al cuidado, Botero (2007) retoma el pensamiento de Heidegger y refiere esta dimensión abierta, social y proyectiva del cuidado como un modo esencial del ser humano arrojado en el tiempo y el espacio. El ser humano es cuidado.

El cuidado como lo concebía Heidegger es una preocupación por sí mismo, por asumir el destino como un interés existencial, no intelectual. La cura, el cuidado, puede ser la posibilidad de que el ser encerrado en sí mismo, *solus ipse*, se abra al mundo. La angustia afecta primordialmente al individuo aislado. Él puede acudir a restablecer una proyección que ya aparece en la definición del hombre, Heidegger lo nombra Dasein. El hombre tiene un mundo. En ese mundo nos proyectamos, creamos, producimos y realizamos todas las tareas y cometidos humanos [...] El ser abierto al mundo se realiza existencialmente en el encontrarse, el comprender y la disposición afectiva. (Botero, 2007, p. 16).

En este mismo sentido Restrepo (2003), haciendo una reflexión que aborda la consideración de los sentimientos suscitados por las relaciones de ternura entre los seres humanos, señala que la ternura es un “paradigma de convivencia”, pues cuando las palabras no pueden convencer o argumentar, y lanzan al ser humano al campo de lo patético, la ternura ha de irrumpir con todo su vigor, como acontecimiento que se vive en presente, se entrega o se recibe; como el lenguaje significativo que recrea las relaciones humanas mucho mejor que la frialdad del discurso científico.

Ternura y amor en el cuidado

No se puede decir ternura sin referirse también al amor. La ternura y el amor son inseparables y se retroalimentan constantemente, pero, además, ambas son distintas a la vez, no se identifican ni se confunden. Hay una triada de características en las que se ve dicha relación. La *empatía*, ese ponerse en el lugar de..., la *sensibilidad* a estímulos pequeños que se demuestran en delicadeza y la *expresividad* en detalles, son tres aspectos fundamentales de la ternura que se reflejan a través del amor. El verdadero amor está hecho de ternura, por lo cual, es imprescindible decir el amor con signos de la misma (Prada, 2000, p. 14).

Por otro lado, al hablar de estas dos realidades, Martínez (2005) manifiesta la relación existente entre ambas, pero a la vez establece una diferencia, pues la ternura y el amor no se identifican. La ternura brota del amor, es su manifestación como desbordamiento, cercanía, delicadeza. Es cuidado y solicitud por el rostro vulnerable del amor a quien le ofrece protección también con vigor y firmeza. Es proximidad profunda e intensa como cercanía, como contacto, como caricia, aunque no

necesariamente tenga que ser corporal.

Este darse del amor con signos de ternura, de alguna manera puede ser observado en lo que Fromm (1990) señalaba como el carácter activo del amor evidenciado en cuatro elementos básicos: *el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento*. De igual forma, se puede descubrir en lo que Mounier (1970) observaba como los cinco actos originales para formarse en el amor: *salir de sí* para hacerse disponible al otro; *comprender*, como un acto de aceptación vital y de comunión; *tomar sobre sí*, empatía; *dar* generosa y gratuitamente; por último, *ser fiel*, con una fidelidad que sea capaz de hacer crecer en el amor y permanentemente confirmarse en él.

Desde esto elementos podemos pensar que la humanidad no puede vivir sin ternura, porque sin ternura no existiría el amor, y sin amor es imposible pensar la existencia del ser humano. Además, Montagú y Matson expresan: “el amor siempre continuará siendo un asunto de tan fundamental importancia, y tendrá tales consecuencias de largo alcance para la humanidad y la sociedad, que somos llamados urgentemente a considerar qué podemos hacer para restablecer a la humanidad su patrimonio” (como se citó en Martínez, 2006, p. 18). De lo contrario la humanidad vivirá una eterna enfermedad, y además condenada a sobrevivir en un laberinto de tinieblas del cual difícilmente podrá salir.

La ausencia del amor impide el crecimiento y la expansión del potencial: el hambre de amor es una enfermedad por deficiencia [...] como lo son el gusto extremo por la sal o la avitaminosis. La necesidad del amor implica darlo y recibirlo [...] por tanto, debemos ser capaces de crearlo, detectarlo, difundirlo; de otro modo, el mundo quedará encadenado a la hostilidad y a las sombras (Maslow como se citó en Martínez, 2006, p. 15).

En efecto, el ser humano no puede vivir sin amor, sin ternura y sin cuidado, éstas han sido desde siempre para él una necesidad existencial. ¡Necesitamos ternura! es hoy uno de los gritos de la humanidad en todos los campos, pues la ternura es una necesidad existencial para vivir y para convivir, para alcanzar su realización humana. Lo mismo se puede afirmar del cuidado como expresa Garcés y Giraldo (2013): el cuidado de sí es un arte para vivir, es un modo de prepararse para la realización completa de la vida.

El ser humano se va configurando como tal, a partir de una serie de encuentros - consigo mismo, con los demás, con la realidad, con la naturaleza y con la Alteridad- desde su nacimiento hasta su muerte. Chauchard (1969) en su obra *Necesitamos amar*, deja ver la necesidad del amor al prójimo no como una regla moral en el sentido corriente de la palabra, sino como una necesidad absoluta de la naturaleza humana. Visión compartida también por Cabada (1994, pp. 75-76) quien expresa que “la persona no surge, no llega a la propia sustantividad y subjetividad de lo personal sin el encuentro acogedor de una persona que ama”.

Ahora bien, la necesidad de ternura implica una necesidad de cuidado, como la actitud que puede provocarnos a la responsabilidad con la vida en cuanto preocupación e inquietud. *Pre-ocupación*, es decir ocuparnos con anterioridad de algo. Heidegger (2005) decía que el cuidado es una forma de “anticiparse a”. Cuando nos pre-ocupamos de algo se pueden prevenir los efectos negativos o adversos que pudieran presentarse, y esto también es cuidado. Además, cuando algo nos inquieta, existe una angustia que nos dinamiza a buscar respuestas, soluciones, a des-angustiarnos. Por eso Boff (2001) manifiesta a partir Horacio el gran poeta latino que el

cuidado es esencialmente humano:

“(...) el cuidado es el compañero permanente del ser humano. Es decir: el cuidado siempre acompaña al ser humano porque éste nunca dejará de amar y de desvelarse por alguien [actitud de desvelo de solicitud y de atención para con el otro], ni dejará de preocuparse y de inquietarse por la persona amada [sentirse empáticamente ligado a otro]. Si no fuera así, no se sentiría comprometido con ella y mostraría negligencia e incuria por su vida y destino, y en el extremo, indiferencia, que es la muerte del amor y del cuidado (...)” (pp. 92-93).

En estos múltiples encuentros es donde la ternura juega un papel importante e imprescindible para que la persona alcance su desarrollo integral y pleno en una vida en el amor. Así se entiende entonces, que el encuentro biológico del recién nacido con el vientre de la madre, el encuentro personal con el mundo del afecto, el encuentro cultural con una realidad tierna, por último, el encuentro efectivo y afectivo con lo trascendental de la vida, posibilitarán el “acabarse de hacer del ser humano” (Martínez, 2006).

La ternura configura la vida humana en todo momento, desde la gestación hasta la muerte; permitiendo en el transcurso de la misma el crecimiento pleno e integral y posibilitando, además, la vida presente y futura. Lo mismo que el cuidado como “fenómeno ontológico-existencial fundamental [...] que posibilita la existencia humana en cuanto humana” (Boff, 2002, p. 30). Por eso, junto con la afirmación ya señalada: ¡necesitamos ternura! Bien se puede afirmar ahora “el derecho a la ternura” (Restrepo, 2003) y el derecho al cuidado, vistos como un derecho humano público y privado, y a la vez, como un deber, como una obligación ética y política. En este mismo sentido Moltmann (1997) señalaba:



“(…) El derecho a la misericordia [ternura, cuidado] no debe limitarse a las organizaciones caritativas y diaconariales, sino palpase en la ley fundamental de toda sociedad que pretende ser humana. Las leyes sociales y la organización del sistema de salud deben medirse de acuerdo al peso con el que carguen a los pobres y al alivio que se les proporcione a los enfermos. Quien quiera reconocer el grado de humanidad de una sociedad, debe visitar también las cárceles (...)” (p. 26).

Aunado a lo anterior, Restrepo (2001) señala que es necesario tomar la ternura no solo como un valor íntimo o privado, sino sobre todo público, que entiende “la democracia como una caricia social” y el conflicto como posibilidad de confrontar amorosamente al diferente... como un acto político, capaz de proteger con una inmunidad ética y cultural a los niños y jóvenes para separarlos del crudo aprendizaje de la guerra.

El amor demanda amor, demanda ternura, en cuanto el ser humano aprende a amar, no en función de una serie de enseñanzas e instrucciones, sino en función de la experiencia del amor vivido, en virtud de la ternura de la que es objeto. El ser humano necesita saberse amado para poder amar (Cabada, 1994). Por eso, es impensable un amor sin ternura, pero también una ternura sin amor, ya que la falta del amor falsea a la ternura, la vuelve nada, simplemente sería una máscara sin personaje, un monólogo. Sería una manifestación de ‘amor-egoísta’ sin el contenido esencial de lo que la hace ser. Se trata de lo que Martínez (2006) apuntaría como una falsa ternura, una ternura etérea, engañosa, egoísta y esclavizante:

Nada más alejado de la ternura, que la ‘ternura de circunstancias’. Esa ternura que

se oculta bajo una falsa ideología o uniforme. La ‘ternura hipócrita’, que nace del engaño y del fingimiento [...] La ‘ternura idealizada’, sólo posible en sueños o cuentos de hadas, incapaz de hacerse efectiva en la realidad, de salir en ayuda de cualquier necesidad de forma creativa y activa. La ‘ternura posesiva’ que aprisiona, impidiendo ejercer el carácter liberador de la auténtica ternura, que pretende indiferenciar, más que suscitar la propia individualidad del otro. La ‘[ternura] sensiblería’, esa falsa ternura que hace perder el sentido a la auténtica, despojándola de su contenido y convirtiendo en rutinarias y engañosas sus formas de expresión. La ‘ternura manipuladora’, no-gratuita, “utilizada” para conseguir algo, que lejos de darse, se busca y juega con los sentimientos y afectos del otro, mostrando el mayor grado de patología que puede darse en la ternura, negando todo lo que le es más propio (pp. 43-44).

En síntesis, a partir de este binomio ternura-amor, y siguiendo las ideas de Martínez (2006), se afirma que la ternura forma parte de la existencia humana en cuanto su vivencia es exigida siempre por el ser humano. Es pues, una penta-necesidad: 1.^a *básica*, así como lo es el comer o el dormir; 2.^a *de seguridad* -para el desarrollo de la personalidad-, en cuanto la ternura proporciona la atmósfera cálida y acogedora que genera la confianza de la persona para vivirse como tal, con toda autonomía y libertad; 3.^a *de pertenencia*, a una familia o a un grupo social, por el hecho, que la ternura es básica en el proceso de socialización; 4.^a *de autorrealización*, la ternura abre al ser humano a la vida del otro, así, en la medida en que el ‘yo’ se entrega al ‘tu’, se realizan ambos en una maravillosa sinergia; 5.^a *de trascendencia*, en cuanto ella capacita para mirar con perspectiva y para buscar el sentido último y pleno del amor.

Sentio, ergo sum

En los comienzos de la cultura, el *logos* griego de los socráticos se puso como el fundamento de la existencia humana por encima del *mithos* de los presocráticos; después en la aurora de la modernidad, el *cogito* cartesiano, con aquella famosa frase *cogito, ergo sum*, irrumpió como la base del existir humano; y recientemente, en la actualidad, parece ser que la *techne*, es la que ha tomado el timón de los destinos de la humanidad (Boff, 1982, pp. 19-25).

Sin embargo, lo fundamental en la existencia humana no es la razón, sino el amor, no es el *logos*, sino el *eros* y el *ágape*, como atinadamente expresa Feuerbach: “sólo existes si amas; el ser solamente es ser si es el ser del amor... El amor es la verdadera prueba ontológica de la existencia de un objeto fuera de nuestra mente; no hay otra demostración del ser sino el amor” (Cabada, 1994, p. 12). Desde esta misma mirada, Boff (1982), estudiando a algunos especialistas en el campo psicológico como Freud, Jung y Adler, señala que el fundamento de la vida humana es el sentimiento, la afectividad y las expresiones que de ellos se derivan -eros, pasión, ternura, solicitud, compasión, amor-. Ya no es el *cogito, ergo sum*, “pienso luego existe” de Descartes, sino el *sentio, ergo sum*, siento luego existo y aún mejor como señala Rocchetta (2001), “*diligor, ergo sum*, soy amado, luego existo”. El *pathos* ocupa una preeminencia sobre el *logos*, sin negar que ambos se complementan en el ser humano. “El acto de amor es la certidumbre más fuerte del hombre, el *cogito* existencial irrefutable: amo, luego el ser es y la vida vale (la pena de ser vivida)” (Mounier, 1970, p. 22). Desde esta perspectiva se habla también de la estética o la poesía del cuidado como la expresión artística de los sentimientos involucrados en los cuidados que se realizan

desde el ser enfermero:

“(…) La enfermera realiza su obra –el cuidado– sobre esa materia prima que es la persona (ser humano) y no existe ni en la pintura (lienzo y pinturas), ni en la escultura (mármol, piedra), ni en ninguna otra arte considerada “mayor” materia prima alguna que supere al ser humano en complejidad y potencial de interacción con el “artista-enfermero” (Siles, 2015, 15).

Usando el lenguaje de la fenomenología se puede decir que es el sentir y no el entender, lo que constituye el *lebenswelt* -ambiente concreto y vital original- del sujeto humano. Por esta razón se puede afirmarse que la ternura es un factor indispensable en el proceso de hominización, mejor aún, “el ser humano nace fundamentalmente de la ternura” (Rocchetta, 2001, p. 33), pero también tiene su origen en el cuidado como puede verse en Cortina (2015) y Boff (2001), quienes retoman la fábula de Higinio que fue utilizada por Heidegger (2005) en su obra *Ser y tiempo*, en la que se expresa que el ser humano compuesto de cuerpo y espíritu y creado del barro, tiene el origen de su ser en el cuidado. Más allá de necesitar cuidado, somos cuidado.

Así entonces, la ternura y el cuidado son la “cuna del ser”, en ellas se produce lo que se puede llamar la “eclosión del ser” (Martínez, 2005). Además, la misma autora expresa que, así como el neonato despierta a la conciencia de sí mismo en el acto de recibir la llamada del amor de la madre y con ello se le abre también el mundo y la realidad toda, así también el ser humano despierta a la autoconciencia del espíritu en la llamada de un tú amante. Por eso se puede decir que a partir de la experiencia de ser objeto del amor, brota la conciencia personal de existir, es decir, “*diligor, ergo sum*” (Martínez, 2006, p. 42).

A partir de esto, se deduce que la ternura es constitutiva de todos los seres humanos, es una *actitud congénita* en el ser humano desde su nacimiento. Ella forma parte de su identidad más profunda, es el sentimiento que brota del amor, es el *pathos* que afecta a todo el ser, abriéndolo a vivirse humano en el encuentro, la compasión y la convivencia con los demás, así entonces el ser humano se humaniza humanizando. “La ternura está inscrita en esta estructura profunda de la persona como el existir de un yo-encarnado-en-un-cuerpo que quiere sentirse amado y sentirse capaz de amar [...] La ternura es un *con-sentir* y por tanto un probar *com-pasión* y un entrar en *co-muni3n* con la alteridad. No es una experiencia meramente vivida, sino convivida” (Rocchetta, 2001, p. 33 y 384). La vida humana no puede darse en el islote de mi yo-mundo sino en la socialidad de nuestro mundo, pues esa es parte de nuestra condici3n humana. Desde el momento de nacer -incluso desde el vientre materno-vivimos ya una vinculaci3n que requiere cuidado. Todos necesitamos el reconocimiento y el cuidado de otros para caminar hacia una vida realizada.

El v3nculo del cuidado es el que nos permite sobrevivir, crecer y desarrollarnos biol3gica y culturalmente. Pero el reconocimiento mutuo de la dignidad, de la necesidad de amor y estima es indispensable para llevar adelante una buena vida, una vida feliz. [...] Se trata tambi3n de un mutuo reconocimiento de la dignidad a la que tenemos derecho por nuestro valor interno. Y se trata tambi3n del reconocimiento cordial de que nuestras vidas est3n originariamente vinculadas, por eso importa hacerlo desde la compasi3n (Cortina, 2015, p. 126).

No se puede hablar de que exista genuina humanidad, si no hay cuidado, si no hay ternura, porque ellas miden el nivel de

humanidad alcanzado por el individuo y la sociedad. Por eso, si se pierde lo que Pascal llam3 *la esprit de finesse*, el esp3ritu de finura, de cuidado y de ternura, es decir la capacidad de ser sensibles a la vida de los dem3s, tanto en sus triunfos como en sus fracasos, y se impone el llamado *esprit de g3ometrie*, el esp3ritu calculador interesado en la eficacia y el poder, no habr3 futuro para la humanidad, en cuanto el ser humano se auto-deshumaniza y vuelve inhumano su entorno (Boff, 2001).

El grado del esp3ritu de finura por los sufrimientos de los dem3s, es el 3ndice del grado de humanidad alcanzado. De lo contrario vivir3amos en el esp3ritu de geometr3a, en la brutalidad humana pero inhumana, incapaces de reconocer la humanidad del otro cercano, incapaces de responder a sus necesidades o situaciones inhumanas por falta de sensibilidad. “En el lenguaje ontol3gico de los griegos, el *Eros* (que no es del todo reducible al *Eros* freudiano) [...] es el constitutivo primero de la existencia humana. El coraz3n y el esp3ritu de delicadeza constituyen la realidad central del ser humano y de una cultura humanizante” (Boff, 1982, p. 32).

Ternura y vigor para el cuidado

En efecto, como ya se viene se3alando, aunque la ternura pertenece a la estructura ontol3gica del ser humano, cabe puntualizar que nadie nace tierno, es decir, la ternura no es un hecho que se da de forma autom3tica, sino que su vivencia necesita ser construida constantemente con coraje y con vigor en el acontecer del d3a a d3a. Sobre todo, porque en general se ha pensado que la ternura es asunto 3nicamente de las mujeres, en cuanto es considerada como una actitud d3bil y floja, que ata3e a la sensibler3a, a la meloser3a, o al sentimentalismo.

Adem3s, junto con este pensamiento,

también está de fondo la herencia de una cultura machista que exige a los varones a que sean fuertes; el temor o rechazo al qué dirán por expresar los sentimientos; y principalmente el desconocimiento del valor de la ternura. Sin embargo, como bien señala Bueno (1996), la ternura no es signo de debilidad, ni mera efusión de sentimientos fuera del control de la razón, sino ciertamente, efusión de un sentimiento que nace del amor, del verdadero amor puesto a prueba; es la reacción del amor acrisolado en la dificultad y en la adversidad. Por otro lado, Restrepo (2003) al abordar el tema de las falacias epistemológicas de la ternura expresa: “Más que una atribución de género, la ternura es un paradigma de convivencia que debe ser ganado en el terreno de lo amoroso, lo productivo y lo político, arrebatado, palmo a palmo, territorios en que dominan desde hace siglos los valores de la vindicta [venganza o desquite], el sometimiento y la conquista” (p. 17).

Vista la ternura así, puede afirmarse que se trata de la historización solícita y cariñosa de lo que Jon Sobrino (2000) llamó el “principio-misericordia”, el cual se refiere a ese dinamismo volcánico progresivo y permanente que nace del amor y hace interiorizar el sufrimiento ajeno en lo más profundo del ser, en las entrañas hasta que se vuelve insoportable nos impulsa a actuar en respuesta. Es ese dolor sintonizado y empatizado provoca en la persona una reacción, la mueve a actuar, a concretizar de manera práctica el amor (Meza, 2007).

Efectivamente, aunque la ternura sea un comportamiento suave y cariñoso de alguien que ha asumido el compromiso de darse, ésta conlleva una fuerte carga de energía, de convicción y de riesgo. Implica la armonía entre el *eros* y el *logos*: la ternura y el vigor han de ser siempre inseparables y armonizados. La ternura es el *eros* en todo su

equilibrio y en toda su medida; un *eros* que es compasivo, capaz de sentir y de entrar en comunión con el otro; un *eros* que no se detiene en el gozo de su propio impulso, sino que descansa en el otro con cariño y amor. Y el vigor en cuanto presencia del *logos* dentro del *eros*: una presencia servicial para que el *eros* pueda manifestarse. “Vigor es la contención sin dominio, la ley sin legalismo, la dirección definida sin intolerancia, el explicitación sin prepotencia” (Boff, 1982, p. 31).

La ternura vital es sinónimo de cuidado esencial. La ternura es el afecto que dedicamos a las personas y el cuidado que aplicamos a las situaciones existenciales. Es un conocimiento que va más allá de la razón, pues es como la inteligencia que intuye, ve el fondo de las cosas y crea comunión. La ternura es el cuidado sin obsesión: incluye el trabajo, no como mera producción utilitaria, sino como expresión de creatividad y de autorrealización de la persona. No es el afeminamiento y renuncia del rigor en el conocimiento [...] emerge del hecho mismo de existir en el mundo con los demás. No existimos, co-existimos, con-vivimos y co-mulgamos con las realidades más inmediatas (Boff, 2001, pp. 119-120).

CONCLUSIONES

Hace ya varias décadas Boff (1982) expresaba la necesidad de la solicitud por la vida en general frente a una crisis que aqueja al ser humano, y frente a la cual aún no hemos sido capaces de resolver. Explícitamente decía: “La raíz básica de nuestra crisis cultural reside en la aterradora falta de ternura y solicitud de los unos para con los otros, de todos para con la naturaleza y para con nuestro propio futuro” (p. 31). Al

mundo que habita el ser humano le falta alma, le falta la sensibilidad, el cuidado, la ternura del *ánima* y le sobran algunas formas de *animus*, que le hacen más violento. Por eso es necesario reanimar la tierra, apostar por una humanidad nueva, con un crecimiento espiritual que cultive la interioridad y vigorice el amor, para que el mundo se planifique (Arana, 1997).

Así pues, al final de este recorrido se descubre que con la ternura el cuidado cobra mayor significación como una realidad a ser vivida con nuevas perspectivas. A través de la ternura el cuidado puede ofrecerse con una generosidad y una sensibilidad mayor, pero a la vez con todo el vigor que la ternura lleva dentro de sí. Pre-ocuparse, anticiparse y sentirse afectado por el descuido y el descuidado, por el desamor, por la dureza de corazón y la barbarie, son ya una denuncia de lo que no debe ser.

La ternura es un aguijón en el mundo de la inhumanidad, que ha venido negando en el transcurso de su historia su condición de cuidado. La ternura es la respuesta -a veces incomprendida y rechazada- que el amor ofrece cuando se ve desafiado por la vulnerabilidad, la fragilidad y el peligro. Mueve al ser humano al cuidado, es decir a abrazar, envolver, proteger incluso a salvar, como sucede con la madre dispuesta a dar la vida por el hijo amado, por el dolor compartido que brota de sus propias entrañas.

Hay que enfatizar que la ternura y el cuidado no es cuestión de debilidad ni de cobardía sino de fortaleza y valentía, Cuidar con ternura es para personas valientes y no cobardes, para quienes son capaces de generosidad y de responsabilidad. En este sentido se puede decir que la ternura y el cuidado encierra en sí la fortaleza, nacen del vigor interior; requieren del coraje de comprometerse por alguien, el coraje de

descentrarse y abrirse al prójimo con gestos concretos, el coraje de arriesgarse y arriesgarlo todo por amor. Por eso, el cuidado necesita de esta ternura, necesita del vigor del *animus* y toda la expansión del *ánima*.

La ternura y el cuidado son *experiencia fundamental* en el desarrollo de la vida humana y son *generadoras de la confianza básica y del sentido de pertenencia*. Ambas favorecen la coexistencia y la convivencia no solo con la especie humana sino con nuestro hábitat. Sólo si se tiene o se encuentra el sentido de la ternura, el ser humano será capaz de invertir el triunfalismo de las ideologías del mercado, con su potencial de agresividad y fatalismo, para abrirse a nuevas elecciones y a nuevas formas de vida, medidas por el sentido de la acogida, de la valorización de la diferencia, del respeto cariñoso de la naturaleza y el entorno. En este sentido, la ternura libera al ser humano de sus pretensiones absolutistas, lo coloca de nuevo en su realidad vital de vulnerabilidad en diálogo consigo mismo, con los otros, con la naturaleza. Lo hace capaz de cariño, de gratuidad y de maravilla. Tal es el desafío que espera a todos en la aldea global-casa común, como un hogar de cuidado.

BIBLIOGRAFÍA

- Álamos, M. (2011). La idea de cuidado en Leonardo Boff. *Revista Tales*, 4, 243-253. Recuperado de https://revistatales.files.wordpress.com/2012/05/243_nro4nro-4.pdf.
- Arana, J. M. (1997). Rescatar lo femenino para reanimar la tierra. *Cristianismo i Justicia*, 78, 1-23.
- Boff, L. (2001). *Cuidar la tierra. Hacia una ética universal*. México: Dabar.
- Boff, L. (2002). *El cuidado esencial. Ética de lo humano compasión por la tierra*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2012). *¿Qué significa el cuidado?* Recuperado de



<http://servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=489>.

- Boff, L. (1982). *San Francisco de Asís: ternura y vigor*. Santander: Sal Terrae.
- Botero, D. (2007). Si la naturaleza es sabia, el hombre no lo es. En Muñoz, L., López, A. L. y Gómez, O. J. *El cuidado de la vida. Cátedra Manuel Ancizar*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Bueno, E. (1996). La reconciliación con la realidad: entre la melancolía y la ternura. *Surge*, 54 (576), 259-272.
- Cabada, M. (1994). *La vigencia del amor. Afectividad, hominización y religiosidad*. Madrid: San Pablo.
- Chauchard, P. (1969). *Necesitamos amar*. Barcelona: Herder.
- Cortina, A. (2015). *¿Para qué sirve realmente...? La ética*. Barcelona: Paidós.
- Díaz, M (2006). El Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. En Martínez, N. (ed.) *Un espacio para la ternura. Miradas desde la teología*. Bilbao: Universidad Pontificia Comillas - Desclée de Brouwer.
- Duque, H. y Bedoya, W. (1998) *¡Póngale ternura a la vida!* Bogotá: Paulinas.
- Fromm, E. (1990). *El arte de amar*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Garcés, L. F. y Giraldo, C. (2013). El cuidado de sí y de los otros en Foucault, principio orientador para la construcción de una bioética del cuidado. *Discusiones Filosóficas*. 14(22), 187-201.
- Heidegger, M. (2005). *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Jaramillo, S. y Mendoza, V. (2004). Guía para la elaboración de ensayos de investigación. *Razón y Palabra*, 41. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n41/vmendoza.html>.
- Martínez, N. (2005). Una aproximación antropológica a la teología de la ternura. En Uribarri, G. (ed.) *Teología y nueva evangelización*. Bilbao: Universidad Pontificia Comillas - Desclée de Brouwer.
- Martínez, N. (2006). ¡Necesitamos ternura! Hacia una teología de la ternura: fundamentación antropológica. En Martínez, N. (ed.) *Un espacio para la ternura. Miradas desde la teología*. Bilbao: Universidad Pontificia Comillas - Desclée de Brouwer.
- Meza, G. (2007). La ternura una respuesta pastoral para los excluidos de hoy. *Cuestiones Teológicas*, 34 (82), 423-452.
- Moltmann, J. (1997). *Cristo para nosotros hoy*. Madrid: Trotta.
- Mounier, E. (1970). *El personalismo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Peña, B. (2007). El "ethos" del cuidado de la vida. En Muñoz, L., López, A. L. y Gómez, O. J. *El cuidado de la vida. Cátedra Manuel Ancizar*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Prada, R. (2000). La ternura de Dios. *Vida Pastoral*, 98, 14-18.
- Restrepo, L. C. (2001). *El derecho a la paz: proyecto para un arca en medio de un diluvio de plomo*. Bogotá: Arango Editores.
- Restrepo, L. C. (2003). *El derecho a la ternura*. Bogotá: Arango Editores.
- Rocchetta, C. (2001). *Teología de la ternura. Un "evangelio" por descubrir*. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- Siles-González, J. (2015). Walt Whitman, Poesía y Cuidados. *Cultura de los cuidados*, 19(43), 12-18. DOI: <https://doi.org/10.14198/cuid.2015.43.02>.
- Siles González, J. y Solano Ruiz, M. (2007). El origen fenomenológico del "cuidado" y la importancia del concepto de tiempo en la historia de la enfermería. *Cultura de los cuidados*, 11(21), 19-27. DOI: <https://doi.org/10.14198/cuid.2007.21.04>.
- Sobrino, J. (2000). La Iglesia samaritana y el principio-misericordia. *Christus*, 54 (716), 16-22.